

# EL EMBUTIDO

Andersson Tacury Ceballos



# Capítulo 1

## EL EMBUTIDO

Hoy la ciudad despertó con una profunda tristeza, una tristeza que contamina, que contagia las calles aglutinadas de silencio, claro, con el estrépito de las llantas tocando el asfalto, las personas caminando con afán cansado, con el cielo nublado riéndose de las semiestructuras de la ciudad es imposible no percibir el aire nauseabundo que impregnan las horas. Acometo la ciudad con exploradoras, con ojos bien abiertos y con el mismo odio que percibo de todos, tengo el valor para caminar sin amuletos ni muletas, traspaso las avenidas sin temor de los percances humanos, me sumerjo en lo más profundo de la guerra civil, cada uno con su trampa esperando por su presa, paso en medio de la multitud mientras todos me saborean, en realidad ya nada nos diferencia de los animales, me siento igual aquí como si fuera una cebra en el centro de la sabana africana rodeada por leones, me siento igual aquí como si fuera un gorila de circo condenado aprender trucos para existir, me siento igual aquí como si fuera un hámster que camina sin destino, mis pasos se siguen encharcando de antiguas soledades sin encontrar recuerdos y el aire rosa se disipa en las nubes grises que se acercan en caravana a la ciudad.

Sé muy bien que las cosas no están mejor en el cielo, de allá vienen en cascada nubes cargadas de odio, sé muy bien que las cosas no están mejor en el cielo, y sé muy bien que tampoco están bien aquí, antes de que anochezca necesito encontrar una canción que embriague mi alma, alguien que empañe el aire caído sobre el cielo.

A la mañana siguiente, las nubes coquetean tímidamente el techo, murmullan y se ríen entre sí, algo tramaman, es solo otra tontería mía, no hay que darle vueltas al caso.

Luego de un mezquino desayuno de cereal y leche, me sentí infeliz, esta mañana es como un café sin azúcar, oscura y amarga, solo trae un noticiero pesimista que incrementa el aire pesado, prosigo alistando me para ir a mi trabajo en una de las plazas de mercado en las que el olor a cebolla es más agradable que estas mañana sin café, se aproximan otra vez estas nubes mirándome fijamente, estas nubes otra vez cargadas absorben la ciudad y justo cuando tengo pensado cubrirme de ellas, descargan un aguacero infernal, uno que lastima mi piel, salgo en medio de la calle y miro como las personas pasan empapadas de agua sin un solo rasguño, mientras mi piel se derrite, mi cabello se corta y mis huesos se queman, quiero encontrar refugio y las personas huyen de mí, me tienen miedo y asco, mientras me diluyo en un mar de lluvia ácida la gente mira al cielo preguntándose que me sucede, con una indiferencia marcada se detienen a mi lado por puro morbo, alzó la mirada al frente y observó un señor de traje negro con un estatura desarrollada, sombrero

lujoso y un bastón deteriorado, noto que a él también le lastima la lluvia, le hiere, pero no quiere hacerlo notar, pasa desapercibido y se zambulle en un mar de gente mientras trato de alcanzarlo encuentro refugio y alivio, me detengo a pensar lo sucedido y no encuentro rastro de alguna herida por mi cuerpo, en esta sesión de curiosidad introduzco mi mano otra vez y confirmo que es la lluvia que quema como un ácido todo mi ser, pero misteriosamente desaparecen las quemaduras después de cesar el contacto con el agua, me quede las siguientes dos horas buscando que pensar y no encontré nada, no había rastro, ni testigos, ni marcas, ni cicatrices que me certifiquen mi cataclismo, estaba atrapado en los torrentes lluviosos por un espacio temporal de 3 horas hasta que cesó la lluvia y pude dirigirme a mi hogar, en estos instantes me encuentro escribiendo unas breves planas sobre lo sucedido en el transporte público y pienso que...

Perdón, han pasado ya 8 horas desde que escribí la última letra de mis memorias, me fue imposible para mi continuar con la idea después de lo sucedido, estaba en la cúspide de mi pluma cuando el bus tomó un reductor de velocidad sin precaución haciendo tachar unas cuantas líneas, no tuve otra opción que levantar la mirada y ante mis ojos estaba el mismo sombrero negro con una pluma en el lado izquierdo, unos ojos que habían estado ojeando mis escritos hace algunos segundos y el mismo hombre que quise seguir hace un par de minutos. Quise proferir alguna palabra pero no pude, me quede pleno mirándolo manejar su celular con torpeza, pasamos en el mismo ritual una hora y media y mi lengua se olvidó de hablar, estaba seguro que si abría la boca pronunciará apenas un balbuceo, trataba de recordar como saludarlo pero había olvidado el idioma, tomé mis notas y no pude leerlas, quise escribirle un hola y ni siquiera pude tomar el lapicero - esto no me suele pasar muy a menudo, me pasa una vez por cada vida- nada de mi boca, nada de mis manos, estupefacto sentado en el sillón trasero al lado del hombre que quería preguntarle cantidad de cosas me encontraba ahogado, sin palabras, abrumado por los hechos el caballero se paró, luego de una breve sonrisa me dejó un papel que decía "yo también lo siento" mientras bajaba del bus y se perdía una vez más en entre la multitud y los acantilados de indiferencia ciudadana.

Sentí cómo todo se había desvanecido, mi oportunidad de saber quién era y porque sucedía todo lo que estaba sucediendo, porque sabía mi situación, porque me intimidaba y porque no era capaz de hablarle, son las tres de la mañana me he tomado un litro de aguardiente y unas cuantas cervezas, me lavo las manos y no sucede nada, el agua no me lastima, sigo esperando que llueva pero por lo pronto parece que no es así, no pretendo dejarme vencer por la pesadez de la noche.

Ayer fue un día extraño, hoy también lo es, son las siete de la mañana y voy una hora tarde al trabajo, pero antes de hacerlo es necesario y casi urgente que recicle mi último sueño, ya que tengo la costumbre de

olvidarlos.

Estaba en mi habitación y unos ojos amarillos miraban fijamente el espejo del tocador de mi habitación, por pura curiosidad y casi como por instinto alce a ver el espejo y observe el reflejo de una persona, un sombrero grande de espaldas y cuando sacudió el cuello para voltear a verme desperté.

No hay nada que decir, solo que no se a lo que le tenía miedo, si a esos ojos amarillos, al reflejo del espejo que proyectaba, o salir y encontrarme con el mismo señor de sombrero negro con una pluma en el lado izquierdo que vi en el transporte público y también en mi sueño.

Es extraño este mundo de sensaciones, y como he cambiado mis sentimientos hacia una persona, la primera vez que vi a don Gregorio pensé que no era de este mundo, se escurría rápidamente sobre el tráfico de personas como si fuera una sonrisa, la segunda vez que lo mire sentí un misterio y una gran curiosidad y la tercera me causó un aterrador susto. Ahora que lo conozco no juzgare a las personas que mire en la calle.

Tan pronto como salí de casa tome el bus y estaba allí sentado el mismo hombre con la misma chaqueta gris de ayer, me miro con aire detenido y me invitó a sentarme con él, me quede detenido ante tal horror, me temblaba el cuerpo mientras me acercaba a él, me senté y no lo mire a los ojos, ni olí su viejo perfume, ni siquiera ojee el libro que llevaba en la mano, tan pronto cuando llegue a la parada baje del bus y me interne en las labores diarias que me ofrecía el día, por primera vez el trabajo me aliviaba, recuperaba con eficacia el tiempo perdido hasta que en la esquina cruzaban unos zapatos negros de charol, otra vez el mismo sombrero y el mismo señor mirándome fijamente se acercó y me dijo que necesitaba hablar conmigo, que me esperaba cuando saliera del trabajo.

Inmediatamente le respondí que trabajaba tiempo completo y que me sería imposible hacerlo esperar todo el día, así que con una sonrisa y el corazón en la mano le respondí que, en otra ocasión con el mejor de los gustos, el tipo me devolvió la sonrisa y se alejó.

Sentí con aire triunfador su despedida, pero la alegría me duro poco, note que se quedó parado en la esquina, oscureció su sombra y quedó esperándome. Pasaban las horas y el señor parado, cada vez me llenaba de temor, miraba la esquina con la esperanza de que se allá ido y su sombra seguí ahí, más profunda, más fría, más misteriosa, por mi hubiera pasado el día y la noche entera trabajando pero la hora de salida se acercaba, el cielo empezó anochecer y cuando miraba la esquina solo comprendía los mismos ojos amarillos que soñé en la mañana, solo los ojos contrastaban con la oscuridad de la noche, fijos, serenos, y hasta sinceros podría decir yo, miraban fijamente como mi patrón me despedía

hasta el próximo día de trabajo.

Sabía perfectamente que, si tenía que morir dado el peor de los casos tenía que hacerlo luchando, salí afanado por el sendero húmedo de la galería mientras iniciaba a llover, tan pronto como esas nubes comenzaron a reírse de mí saqué una sombrilla negra, mire al cielo y me reí más fuerte que ellas, esta vez ganaba yo, esperaba el bus mientras sentía que unos pasos se acercaban tímidamente, sentí que una mano fría y trémula me agarraba los hombros y cuando voltee la mirada no era nadie, el temor me hacía imaginar los sucesos, pasaban los minutos y el bus nada que llegaba, miraba la esquina y esos mismos ojos amarillos sin pestañear se acercaban hacia mí ¡Cuánto deseaba que viniera el señor y no esos ojos fríos y serenos!

La gotas de agua se introducían en mis zapatos, gotas enteras que no salpicaban en el pavimento sino que rebotaban como si fueran una pelota de tenis, saqué la mano y me di cuenta que esta lluvia que no se detenía no me lastimaba, sonreí tímidamente mientras los ojos amarillos aun me miraban, estaba triunfando y ni siquiera sabía a quién ni a que le estaba ganando, me detenía pensando esta lluvia de ingenuidades cuando de pronto escuche del cielo una carcajada de las nubes rosadas que embadurnaban el cielo gris desatando una tempestad, rápidamente me corrió un escalofrío, la sombrilla comenzó a derretirse con cada gota que caía en la corteza, otra vez la lluvia me lastimaba, corrí rápidamente a un corredor para salvaguardarme de la lluvia y las gotas derretían los tejados y me perseguían a todo lado, no recuerdo nada más, solo hasta que desperté en mi propia casa, y al lado izquierdo de mí estaba ese señor con el mismo sombrero negro y con la pluma recostada, apenas lo mire me sorprendí pero me quede inmóvil preguntándome ¿Quién es él? ¿Cómo entro a mi casa? ¿Cómo supo donde vivía? Y lo más importante ¿Por qué esta aquí?

El señor me miró fijamente sin pronunciar palabra cuando le pregunté que quien era, miró rápidamente el cuadro que tenía en mi recámara que era el diploma de honor de mi padre -un odontólogo reconocido, guardo el cuadro como grato recuerdo- y me dijo que se llamaba Gregorio, y que era un placer conocerme.

Por un momento pensé que había copiado el nombre del cuadro de mi recámara y que ocultaba su identidad como su rostro tras su sombrero que oscurecía la totalidad de su cara y no podía mirarlo ni a menos de un metro de distancia, tengo la sensación de que no podría mirar su rostro ni durmiendo con él, pero todo se despejó para mí cuando aclaré que había sido un íntimo amigo de mi padre y que conocía mi nombre y por supuesto mi casa, revelé algunos datos confidenciales y me dejó claro que su intención era apoyarme en todo ya que le debía un gran favor a mi padre ya fallecido. Nos sentamos, platicamos un rato, lo invité a pasar a la sala, tomo uno de mis libros y sonrió ¿La náusea? Náusea es la que tiene

usted con la lluvia querido amigo, sonreí discretamente, me pareció un poco gracioso ese momento, aunque aguardaba con ansia que el mismo tocara el tema, sabía perfectamente que estaba al tanto de lo que me ocurría y como remediarlo, luego prosiguió a olfatear mi biblioteca tomó otro de mis libros ¿Opio en las nubes? Opio el que le dieron esas nubes hoy amigo mío, sonreí desde la cocina me caía bien el tipo, le pasé una bebida a la que cortésmente me agradeció, me senté al lado mientras tomaba otro de mis libros y leyó ¿La odisea? Odisea la que usted y yo tenemos ahora que afrontar dijo llamándome por mi nombre, me emocione pensando que el rumbo de la conversación iba tomar el asunto por los cuernos, pero inmediatamente tomo el libro "el retrato de Dorian Gray" y pensé, le rompo la cara si sigue tomándome el pelo, parece que escucho mi pensamiento, me miro otra vez con esos ojos de lagarto y haciendo un comentario intelectual sobre el libro me invito a que observara una nota escrita por su propia mano mientras se despedía.

"Tenga usted muy buen día, sepa que soy demasiado tímido, aprovecho este momento en que usted duerme para escribirle algo que seguramente no podré decírselo, sé muy bien que a usted le hiere la lluvia, sepa usted que a mí me hiere los rayos del sol, usted pocas veces me podrá ver en el día, almorzando, o tomando un café o leyendo un libro, ni mucho menos jugando alguna clase deporte a la luz del sol, creo que sufro el mismo percance exactamente el mismo tiempo que usted, solo quería decirle que se aleje lo mas posible de las nubes, y que apenas lo que sintió hoy es el principio de lo que se avecina, pero no todo es malo, quiero que sepa que con el tiempo aunque duela es manejable y que tengo un método que le de solución a nuestros inconvenientes, mañana vendré a visitarlo de noche ya sabe, con cariño, Gregorio"

Hoy es una mañana dulce, hay café, un buen desayuno acompaña la gran duda que tengo, el sol disipa las nubes que hay en el cielo, el oleaje del cielo hace un perfecto día para salir a un parque cercano, es domingo y la gente cree que esta libre, algunas personas en el parque cambian su traje de empleado por uno más alegre, uno de esclavo feliz o algo por el estilo, me siento a saborear un helado que se derrite por la intensidad del sol y a mirar los perros y sus amos, que felices son. El parque el domingo es para unos un gran lugar de relajación, se divierten juegan y bromean en la hierba, sus grandes arboles coquetean con la gente, son arboles buena onda, agradables, para otros el domingo es el peor de los días, para aquellos que duermen en la calle, exclusivamente debajo del puente el alboroto que causan las personas resulta un fastidio, para ellos el domingo no es bonito, están obligados a salir y enrollarse en otro lugar de la ciudad, ya que en este mundo solo mandan aquellos que tienen dinero y poder. Hasta yo con un helado en la mano me siento superior que ellos, uno de ellos me mira fijamente y siente lastima por mí, mira a las otras personas y se ríe.

Tres de la tarde, me vi obligado a volver a casa, una nube me encontró y mientras corrió avisar a las otras ya estaba en casa, sigo pensando en que sería peor, si el vagabundo sienta lastima o risa.

Cuatro de la tarde, quise salir a tomar un café, pero tuve que volver, el cielo esta oscuro y amenazante, esta situación no me agrada, solo espero con ansia que llegue don Gregorio. Siete de la noche y aun no llega, esperen, siento unos pasos subir las escaleras...

Bueno, esto es extraño. Iniciare desde el final, no me gustan los misterios, me uniré a Gregorio o la cosa que sea, no tengo nada que perder.

Tan pronto como sentí sus enormes zapatos, salí en búsqueda de su encuentro, le ofrecí un café dado la estrechez de la temperatura nocturna, me lo acepto y se sentó al lado mío con un aire más fino que de costumbre, me miro fijamente a los ojos y me pregunto ¿en dónde estás? Me hubiera gustado responderle con ironía aquí, pero sabía que no era así, hace tiempo me había perdido a mí, pero como diablos lo sabía, por un momento pensé en admitirlo, pero después con orgullo le dije y con una sonrisa entre dientes que aquí estaba, me soltó una mirada escalofriante y con agresiva expresión me dijo que me mirara en el espejo ¿Por qué tendría que hacer eso? De verdad que no me agrada, solo tengo un único espejo y está tapado en el tocador de mi habitación, solo lo utilizo en las ocasiones en que necesito verme bien, de lo contrario, siempre he tenido temor a ello, pero más fuerte es la duda ¿acaso tengo algo en el rostro? Así que destape el espejo, me mire, en realidad no me mire, algo no está bien, acabo de hacerlo por séptima vez y aun no me reflejo en el espejo, ¿a donde sea ido mi reflejo, cuando me abandonó?

Son las 11:30 de la noche, definitivamente y aunque parezca una locura Gregorio me ha convencido, hay algo en él que me refleja a mí. Gregorio me explico que la razón por la que no me miraba en el espejo era porque había perdido mi alma, la razón perfecta para explicar porque no tenía vaho en las noches de frio, porque no suspiraba, porqué la lluvia me lastimaba, porque no sudaba, se acercó al espejo y se reflejaba de cuerpo entero, pero cuando volteé a ver su cuerpo en la sala de mi casa, solo proyectaba eso ojos amarillos que siempre he temido, es algo extraño, son las 11:35 de la noche y voy a camino al cementerio central, esta noche seremos unos solo, recuperare mi alma, y el recuperara su cuerpo de una vez por todas.